
Sociedad, cultura y el nuevo orden internacional: las alternativas de América Latina

*Rafael Pérez Hernández**

Es para mí un honor estar en la Universidad Católica, crisol del pensamiento ecuatoriano; agradezco a las autoridades del Programa de Estudios Interamericanos y de la Facultad de Economía por permitirme charlar con ustedes sobre aspectos que afectan a nuestro “oficio sociológico”, en estos momentos en que el mundo se debate entre el resultado del antiguo orden de posguerra, la globalidad, y la búsqueda de nuevos horizontes, más democráticos y más justos para la humanidad.

Quiero hacer dos acotaciones, mi experiencia en el campo de la sociología ha estado enfocada hacia el estudio de las relaciones entre los Estados, como exigencia propia de las tareas diplomáticas que desempeño; por esta razón ustedes van a escuchar una opinión personal que no representa una postura oficial relacionada con el cargo que se me ha encomendado; espero que esto haga más fecundo el diálogo académico. Por otra parte, la versión tiene más un carácter pragmático que teórico, precisamente porque mi experiencia profesional ha estado más vinculada a la *praxis* que a la investigación teórica.

Como señala Carlos Fuentes: “Todo lo que se creía muerto estaba vivo”; así ha resurgido el nacionalismo; el fascismo y el nazismo siguen vigentes; los conflictos religiosos se han agudizado, y el capitalismo parece dar señales de larga vida, contrario a lo que los clásicos del marxismo predijeron desde el siglo pasado.

Vivimos una época de paradojas que rayan en lo absurdo. En el discurso se defiende la libertad de comercio pero, en los hechos, las grandes potencias continúan con severas políticas proteccionistas. Se habla de consolidar procesos democráticos cuando, en realidad, se pretenden imponer modelos de democracia ajenos a nuestra cultura y desarrollo político. Surgen planteamientos que proponen la intervención de los organismos internacionales cuando la democracia se ve amenazada, lo cual atenta contra el principio de no intervención y nos hace ver como seres incapaces de crear nuestros propios espacios

* Cónsul adscrito en el Consulado de México en Boston, Estados Unidos.

democráticos. Se habla del fin de las ideologías cuando la intolerancia religiosa, en algunas partes del mundo, divide a países enteros.

Ante estos hechos, las utopías como igualdad, libertad y fraternidad se convierten en quimeras inalcanzables para la mayoría de nuestros pueblos que cada día ven alejarse de su entorno la posibilidad de un mundo mejor.

Todos estos problemas han estado latentes; después de Yalta y Postdam entraron en un letargo que duró hasta el fin de la década pasada. Los triunfadores de la segunda gran guerra se repartieron el mundo, especialmente Europa; de esta manera, iniciaron la más grande confrontación diplomática de la historia: la guerra fría.

Desde 1989, fecha en que el muro de Berlín y lo que representaba se derrumbó, el mundo se ha transformado; con ello la historia parecería haber jugado una broma de mal gusto a Marx, quien predijo el derrumbe del capitalismo. Entonces el mundo creyó y cree que las experiencias socialista y comunista habían fracasado y, por ende, las teorías que sustentaban a esos regímenes totalitarios.

La Unión Soviética surgió como una potencia mundial, no por contar con las condiciones económicas y militares idóneas, sino como un pueblo que luchó contra el fascismo buscando preservar una utopía que comenzó en 1917 con el triunfo bolchevique sobre el zarismo ruso.

El triunfo de Lenin y sus coidearios abrió el camino para la construcción de lo que Marx, Engels y el propio líder bolchevique habían predicado: es decir, una sociedad libre de la explotación. Pronto vino la primera contradicción —diríase dialéctica—, esta nueva sociedad se alzaría sobre las bases de la dictadura del proletariado. ¿Dónde quedarían las masas de campesinos?, ¿qué se haría con las clases medias, mal llamadas pequeña burguesía?

El sistema se impuso; se prometieron mejores condiciones de vida, se pidieron grandes sacrificios y se ofrecieron los privilegios del partido; las ideas se dogmatizaron a tal punto que se llegó al extremo de dividir la ciencia en burguesía y proletaria, al igual que Lisenko lo hizo con la biología.

Posteriormente, vino Stalin, gran estadista, indiscutible reconocerlo, pero también, gran tirano, bajo su régimen cayeron muchos intelectuales y teóricos que hicieron crítica objetiva de la nueva sociedad.

Stalin acalló conciencias y compró lealtades con base en el temor y la represión; construyó el culto a la personalidad, una acabada política de enajenación que sirvió para enmudecer a los disidentes internos y externos bajo los calificativos de revisionistas y contrarrevolucionarios. Con esto, el Maquiavelo soviético consolidó el marxismo como un dogma digno de la fe cristiana.

A su muerte los nuevos gobernantes intentaron la transformación, realizaron purgas y trataron de corregir el rumbo del partido; pero, tal vez ya era tarde;

después de tantos años se había creado toda una red de privilegios y una burocracia tan sólida como el muro que en poco tiempo se levantaría.

Por otra parte, la guerra fría tomó tal curso que la URSS no podía darse el lujo de dar un paso atrás para adelantar dos; de Krushev a Chernenko la nomenclatura debió continuar la carrera armamentista con un alto costo económico y social para el pueblo soviético; asimismo tuvo que sostener a los regímenes aliados por la fuerza de los tanques, de este modo se dieron Hungría, el muro de Berlín, la crisis de los misiles en Cuba, Checoslovaquia y Afganistán.

Estas intervenciones, así como las norteamericanas, trajeron un alto riesgo para la seguridad y la paz internacionales, y un costo económico y social que se reflejó en el desarrollo de esos países.

Pese a todo lo anterior, la experiencia del socialismo real tuvo aspectos muy positivos, se desarrolló una gran difusión de la cultura, se prepararon excelentes técnicos y profesionales, se realizaron grandes adelantos en la ciencia, se terminó con el analfabetismo y la pauperización, se garantizó el abasto alimentario mínimo y el deporte fue una prioridad social.

Ahora bien, ¿dónde están las causas del fracaso soviético? A mi modo de pensar existen dos planos, uno político-social y otro económico. El primero es, fundamentalmente, el problema de la democracia. Si leemos detenidamente los textos de Marx, encontraremos que la sociedad comunista es, necesariamente, más democrática que la capitalista.

En el manifiesto del partido comunista, Marx y Engels hablan de socializar los medios de producción. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que éstos pertenecen a una minoría y la mercancía que produce el plusvalor que necesita el capitalista para crecer, la fuerza de trabajo, le pertenece al obrero, es decir la mayoría, que no recibe un pago justo por ella; por tanto, la socialización de la producción es una forma democrática de distribuir el ingreso de la sociedad, pero socializar no significa terminar con la libertad de pensamiento, de crear, de creer o de elegir.

En la *Crítica al Programa de Gotha*, Marx señala que en la sociedad burguesa ya están realizadas las reivindicaciones que plantea el partido obrero alemán, como el libre movimiento, el sufragio efectivo, la educación y otras muchas. Entonces el *quid* del problema no está en las libertades políticas y sociales sino en quién y cómo las administra, es decir, en el Estado.

Por eso es tan importante que los obreros obtengan el poder de aquel, porque —a juicio de Marx— sólo los obreros pueden garantizar la transición del Estado capitalista a la sociedad comunista, periodo que se define como dictadura del proletariado y durante el cual se establecerían las bases de una sociedad más justa y equitativa; sin embargo esto no significa la abolición de las libertades

sino la expropiación de los medios de producción para lograr la equidad, la igualdad.

El segundo plano, de la estructura económica, es de singular relevancia ya que la Rusia de 1917 no contaba con el desarrollo suficiente para que las contradicciones del sistema capitalista desencadenaran un proceso revolucionario, como lo señala Marx en prólogo a la *Contribución de la economía política*: “Ninguna formación social desaparece antes que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes que las condiciones materiales para su existencia, hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua”.

Lo que sucedió en la Rusia zarista fue un levantamiento popular contra el despotismo y el hambre, como ocurrió en la Francia de 1789; empero, los dirigentes de la revolución apostaron a desarrollar el capitalismo dentro de la dictadura del proletariado pensando en quemar etapas, la historia no les dio la razón, por algo Troski y Lenin llamaron al pueblo alemán a la revolución, ya que éste sería la vanguardia del movimiento revolucionario mundial; la razón, Alemania sí estaba en condiciones de superar las contradicciones de su modo de producción.

Así pues, el imperio soviético nació, paradójicamente, con la semilla de su propia destrucción que más temprano que tarde le llevó al derrumbe, demostrando con ello los errores de interpretación teórica y política de los textos clásicos.

En otro orden de ideas, la experiencia del paradigma soviético nos lleva a pensar en la vigencia o no del marxismo desde la perspectiva ideológica. No coincidió con las posturas que dan por terminada esta corriente del pensamiento, ya que, por el contrario, desde la óptica epistemológica debemos revisar y estudiar los textos clásicos a la luz de estas experiencias.

La caída del muro de Berlín y sus secuelas dieron por terminada la guerra fría, pero no la problemática internacional. La década de los años noventa ha marcado el inicio del siglo XXI; con ello, el orden internacional configurado en Postdam y Dumbarton Oaks ha quedado atrás para dar paso a un periodo, indeterminado, de incertidumbre, que se ha dado en llamar la globalidad.

Cabe destacar un hecho, si la guerra fría fue más un conflicto ideológico bajo la amenaza de la fuerza militar, el derrumbe soviético confirmó la victoria, precisamente ideológica, de sus oponentes occidentales, no así el fin de las ideologías y mucho menos de la historia.

En este orden, el fracaso de la URSS trajo como consecuencia inmediata el fin de un equilibrio internacional que ratificó la preeminencia del modo de producción capitalista, dejando a las potencias industriales en una competencia por lograr la hegemonía del sistema.

En el campo militar, el escenario que se presenta no es tranquilizador, en la medida en que, aun con los poderes centralizados de Rusia en materia nuclear y con los acuerdos a que ha llegado la OTAN, la fragmentación del aparato militar de la ex Unión Soviética, sumado a las fuerzas de sus antiguos aliados del Pacto de Varsovia, han creado múltiples polos militares que hacen más difícil, en caso de un conflicto, la preservación de la paz.

El orden internacional que surgió de la segunda guerra mundial se apoyó sobre las bases de la política multilateral; de este modo se crearon bloques político-militares, cuya expresión máxima fueron la OTAN y el Pacto de Varsovia, dividiendo al mundo en países capitalistas y comunistas; las relaciones internacionales se ideologizaron; se crearon zonas de influencia, y se impidieron, bajo el pretexto de las amenazas comunista o imperialista, movimientos democráticos, anulando los principios de no intervención y libre autodeterminación de los pueblos. Por eso surgen las grandes crisis regionales en Europa del Este, el Caribe, Centroamérica, Levante y el Sudeste Asiático, por señalar las más significativas.

De esta manera, tenemos un panorama de fin de siglo con tres vertientes —política, económica y militar— que imponen al contexto internacional una etapa de transición entre el antiguo orden y el que se está gestando. Los problemas internacionales saltan a la vista; el resurgimiento de los nacionalismos en Europa, la intolerancia religiosa, el medio ambiente y el narcotráfico son temas prioritarios que se han agregado a la agenda internacional.

En este orden, la situación mundial que se ha configurado en la presente década plantea riesgos que afectan la soberanía de los Estados. El primero —político-ideológico— consiste, precisamente, en las pretensiones hegemónicas de algunos Estados desarrollados que han tratado de imponer una definición de “democracia” como la única de validez universal, promoviendo incluso el envío de observadores internacionales a procesos electorales de algunos países latinoamericanos, intentando legitimar sus acciones sin respetar la soberanía de otros Estados, y demostrando en los hechos un profundo desprecio por las normas internacionales.

El segundo, de carácter económico, se refiere a los estilos de desarrollar el sistema capitalista; por un lado, aparece Estados Unidos con su perspectiva neoliberal —que posiblemente tenga algunos ajustes con la administración Clinton—; por otro, está Alemania que busca conciliar el papel del Estado en la economía con los postulados del *laissez faire* y, por último, se encuentra Japón encabezando a los tigres asiáticos en su ofensiva comercial. Ante esto, el problema que enfrentan los países latinoamericanos es la conformación de bloques comerciales que no son más que la expresión multilateral del proteccionismo.

La interdependencia se ha confundido con la intervención en la medida que se ha condicionado el comercio o la cooperación con la afinidad ideológica y, por lo tanto, se ha discriminado a quienes no comparten esquemas al gusto de quienes cuentan con los recursos, lo cual pone en riesgo la soberanía de los Estados ya que al condicionar el comercio o la cooperación por motivos de política doméstica de algún país, se violan claramente los principios de no intervención en los asuntos internos y de libre autodeterminación.

El tercero, de carácter militar, no es tan optimista como podríamos pensar en cuanto que el fantasma de la guerra no ha desaparecido. El poder nuclear se ha fragmentado, como se señala arriba, lo que haría más difícil el resguardo de la seguridad internacional en caso de una crisis, más aún cuando se ha anunciado el término de la moratoria nuclear por parte de Estados Unidos lo que conlleva la continuación del desarrollo bélico nuclear. Sumado a esto encontramos que el armamento convencional sigue desarrollándose y el peligro de la guerra permanece latente; los ejemplos están a la vista, los Balcanes y el Medio Oriente lo demuestran.

Por otra parte, el cuestionamiento de la validez del derecho internacional, como la única norma jurídica legítima para la convivencia internacional, ha creado una clara situación de menoscabo del derecho; tal es el caso de Panamá en 1988 o bien, la flagrante violación a las normas internacionales como ocurrió durante el secuestro del médico Álvarez Machain, perpetrado en territorio mexicano por elementos de la DEA.

El deterioro del derecho de gentes tiene su causa en el rompimiento del equilibrio del orden internacional, ya que su validez depende de la estabilidad del propio *statu quo*; por lo que, en las actuales circunstancias, dadas las pretensiones hegemónicas de los Estados desarrollados, el derecho internacional atraviesa por una grave crisis en la cual la comunidad de naciones se ha visto imposibilitada de frenar su erosión y mucho menos de influir para el establecimiento de nuevas reglas que permitan que las relaciones entre los Estados sean más democráticas.

En este orden de ideas, el papel que jugará la ONU en la conformación de un nuevo orden internacional es de singular importancia, debido a que el rumbo que tome el organismo determinará, en gran medida, el futuro de las relaciones internacionales, sobre todo entre el Norte y el Sur, lo que exige a sus miembros una cuidadosa revisión de los principios de la Carta de San Francisco.

El esquema que se configuró al término de la segunda guerra mundial en Postdam y Yalta ha cambiado, el fin de la guerra fría y la, hasta cierto punto, transitoria globalidad hacen necesaria una reestructuración del Consejo de Seguridad que permita un órgano más democrático en donde se encuentren

representados todas las regiones y los Estados de la comunidad internacional para hacer congruente la propia estructura con los postulados de la Carta, en especial, el de la igualdad jurídica entre los Estados.

Otro aspecto importante es el tratamiento que debe darse a algunos problemas de la nueva agenda como son la ecología y el narcotráfico; en el primer caso, los miembros de la organización deben buscar fórmulas que coadyuven al mejoramiento del medio ambiente; sin embargo, es necesario deslindar la responsabilidad de los países industrializados en este problema y no, como se ha intentado hasta ahora, culpar sólo al tercer mundo.

En el segundo caso, la lucha contra el tráfico de estupefacientes debe centrarse en dos objetivos; uno, el combate al consumo de éstos por medio de programas de asistencia a las personas afectadas por la drogadicción, la mayoría en los países industrializados, así como de sanciones severas a los distribuidores directos de los consumidores; el otro es una drástica acción en contra de los cárteles de la droga que verdaderamente rompa con las cadenas de corrupción, las que, incluso, como se ha pensado, podrían llegar a las altas esferas de muchos gobiernos.

El papel de las Naciones Unidas es el de observar que la lucha contra el tráfico de drogas se realice en el marco del respeto a la soberanía de los Estados y no se tome como pretexto para condicionar la ayuda y la cooperación o para intervenir política o militarmente en una nación.

Ahora bien, no debe olvidarse que los propósitos de la ONU—el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, el fomento de las buenas relaciones entre los Estados, el fortalecimiento de la paz y la cooperación internacional—no se han cumplido cabalmente, aunque se han alcanzado significativos logros; el principal, tal vez, es el de evitar una conflagración nuclear; sin embargo, subsisten serios problemas que afectan la convivencia internacional.

Encontramos un mundo dividido entre ricos y pobres, el Norte y el Sur, donde unos han alcanzado niveles de bienestar elevados y otros aún padecen enfermedades endémicas, desnutrición, hambre y pobreza extrema; las Naciones Unidas tienen, hoy día, la enorme oportunidad de buscar caminos para estrechar la brecha entre los países industrializados y el tercer mundo; las propuestas existen, como en la UNCTAD, la añeja aspiración del Grupo de los 77 por un nuevo orden económico internacional.

Asimismo, la lucha por el desarme aún no ha terminado, mientras existan emplazamientos nucleares y continúen los ensayos atómicos, la seguridad y la paz internacionales se encontrarán en serio riesgo; por lo tanto es urgente redoblar los esfuerzos de la comunidad internacional para que la amenaza de la guerra nuclear sea sólo un mal recuerdo de las generaciones futuras.

A pesar de las críticas al funcionamiento de los organismos internacionales y a las limitaciones que por sí mismos tienen, el papel desempeñado por la ONU, en el ámbito general, y por la OEA, en el regional, fueron trascendentales para la preservación de la seguridad internacional; si bien no se ha alcanzado la de la paz, se evitó una conflagración nuclear, se legisló sobre el uso de armas químicas y nucleares y se instrumentó un vasto programa de descolonización; tal vez esta última ha sido la acción más importante de la ONU, ella hizo que la comunidad de Estados independientes creciera de poco más de sesenta Estados en 1945, a más de ciento setenta hasta 1992.

En la prensa internacional existen algunas corrientes de opinión que han minimizado y hasta calificado de obsoleta la existencia de la ONU, algunas de las críticas a su funcionamiento y estructura son ciertas pero, no es válida la pretensión de hacer creer que la organización ha llegado a su límite de acción.

Los Estados miembros tienen la grave responsabilidad de inyectar un nuevo estilo y buscar fórmulas que adecuen la institución a las nuevas circunstancias, aprovechando la experiencia de 45 años, cifra que nunca había alcanzado una institución de su tipo en la historia de la humanidad.

La vuelta al capitalismo de los países de Europa Central y del Este ha dado pie al surgimiento de propuestas que plantean el fin de las ideologías, como es el caso del pensador norteamericano Francis Fukuyama que cobró celebridad con su texto “¿El fin de la historia?”, publicado en 1990, en el cual proclama el triunfo ideológico del liberalismo sobre el materialismo histórico.

Fukuyama sustenta sus argumentos en el fracaso de la experiencia soviética y en la añeja disputa filosófica entre el idealismo y el materialismo, dando por sentado que el fascismo y el comunismo, como ideologías alternativas al liberalismo, están muertas; por lo tanto, no existen disputas ideológicas.

Los postulados de Fukuyama son *per se* ideológicos, puesto que da por hecho que el fracaso del socialismo real es signo innegable del fin de la ideología marxista; al señalar que el fascismo está exterminado no toma en cuenta que éste es propio del sistema capitalista, que es una deformación patológica del nacionalismo. Así, al intentar demostrar la inoperancia de ambos se enfrenta a sus propias contradicciones ya que la ideología es una representación del mundo y por eso el marxismo continúa vigente, en tanto que el fascismo ha surgido de manera brutal como lo ejemplifican los actos de violencia contra extranjeros en la Alemania reunificada.

Sin embargo, la tesis del fin de la historia ha servido como justificación filosófica para pretender hacernos creer que el capitalismo triunfó sobre el socialismo o comunismo, un argumento dirigido a la *mass-media* de nuestros países, un mensaje triunfalista que asume la historia como un ciclo con principio

y fin, un fenómeno casi divino que no puede trastocarse, en el cual el hombre está predestinado, fatalmente, a vivir sin posibilidades de un horizonte propio.

La globalidad, supuesto producto del fin de las ideologías, será el perenne sistema internacional en el que nuestros países tendrán que vivir; por tanto, debemos prepararnos para competir en una arena con reglas impuestas por quienes pretenden continuar manteniendo el poder hegemónico en naciones que proveen de alimentos, materias primas y fuerza de trabajo baratos a un puñado de Estados que cuentan con el capital y el *know how* a costa de los primeros. Ésta es, precisamente, la gran falacia que pretende imponerse a nuestras naciones y que no es más que una edición puesta al día del totalitarismo que se combatió en los últimos 50 años.

Vivimos actualmente una etapa en la que el adelanto científico y tecnológico de este siglo han producido la segunda edición de la revolución industrial; con ello, han surgido nuevas relaciones sociales y de producción que es necesario estudiar y analizar. Sin embargo, la teoría no se construye de la nada, es necesario recurrir a las fuentes, como lo hizo Marx con Hegel y Weber con Kant, para encontrar la metodología que nos permita construir el paradigma de la nueva sociedad que se gesta. Éste es el gran reto que tienen los científicos sociales en el umbral del siglo XXI.

En este orden de ideas nos encontramos con un estadio de desarrollo económico, político y social que hace necesaria la redefinición de conceptos como Estado-nación, sociedad civil, cultura, sociedad internacional y desarrollo económico, por citar sólo algunos ejemplos, para encontrar nuevos elementos que nos permitan comprender el mundo en el que nos desenvolvemos.

Es innegable el papel que el Estado ha desempeñado en este siglo en la transformación de nuestras sociedades, su cambio de un simple gerente de los negocios comunes de la burguesía, como lo define Marx en el Manifiesto del Partido Comunista, al Estado neoliberal que actualmente priva en América Latina no es producto de la simple voluntad de las clases gobernantes sino del propio devenir del sistema capitalista y de la sociedad civil.

Las complejas relaciones sociales que se han desarrollado en los últimos 100 años tienen su origen en dos ámbitos distintos: en la base económica y en la estructura social; en la primera, como lo señala Marx, se establecen las condiciones materiales que condicionan “el proceso de vida social, política y espiritual en general”; sin embargo, esta determinación no podría ser posible sin un acuerdo tácito entre los miembros de la sociedad, éste se desarrolla en el segundo ámbito, el del Estado, y no es más que, en los términos que Weber define, la dominación entendida como

un estado de cosas por el cual una voluntad manifiesta (mandato) del dominador o de los dominadores influye sobre los actos de otros (del dominado o de los dominados), de tal suerte que en un grado socialmente relevante estos actos tienen lugar como si los dominados hubieran adoptado por sí mismos y como máxima de su obrar el contenido del mandato (obediencia).

La base económica, que se revoluciona en cuanto al nivel de avances científicos y tecnológicos que la propia sociedad crea para mejorar y hacer más eficiente la producción, está íntimamente ligada a la estructura política y social, por tanto lo que ocurre en una repercute necesariamente en la otra; por ejemplo, cuando el proceso de producción llega a los límites de la automatización, los efectos que este adelanto conlleva se reflejan inmediatamente en las políticas que el Estado debe instrumentar para evitar el conflicto social causado por el desempleo que origina.

Por otro lado, el papel que juega la sociedad civil en este proceso es fundamental ya que la conformación de una sociedad en clases y estratos de éstas hace que existan un sinnúmero de intereses que tornan complejas las relaciones sociales, como las reivindicaciones económicas de los trabajadores, el descontento de las clases medias por la inflación, las presiones de los pequeños empresarios por el acceso a mayores créditos para el crecimiento de sus negocios y, sobre todo, una lucha incesante por el poder político que controla la sociedad.

Ante esto, el Estado ha tenido, precisamente, que transformarse con el fin de obtener el consenso necesario para continuar con el contrato social, el cual no es otra cosa que la dominación señalada líneas arriba; por lo tanto, las circunstancias ocurridas en la complejidad de las relaciones sociales han originado políticas de bienestar que permiten que el conjunto de la sociedad tenga acceso a beneficios como la seguridad social, la educación, la recreación, así como salarios con mayor poder adquisitivo.

Estas políticas han sido instrumentadas por el Estado gracias a la activa participación de la sociedad civil, la cual ha desarrollado niveles de organización y hoy, por ejemplo, está en capacidad de presionar al Estado en cuestiones como la defensa de los derechos humanos y la preservación del medio ambiente como parte importante del quehacer cotidiano de la colectividad; la misma sociedad civil continúa influyendo sobre el Estado para conservar un mínimo de niveles de bienestar considerados como tales para la subsistencia humana.

Ahora bien, el desarrollo del sistema capitalista ha originado que las relaciones de producción rebasen el ámbito nacional para dar paso a una internacionalización de las relaciones comerciales que con eufemismo hoy llamamos libre comercio, este hecho ha permitido que las relaciones internacionales hayan cambiado sustancialmente en su forma y contenido desde el Congreso de Viena de 1815, en el cual las naciones europeas se unieron para combatir a

Napoleón, hasta la Conferencia de San Francisco, de donde surgió la Organización de las Naciones Unidas.

Sin embargo, la cuestión es aún más compleja, debido a que un Estado-nación no se encuentra aislado del resto de la comunidad internacional; por tanto, las acciones que instrumentan otros Estados repercuten en mayor o menor medida en el resto; claro está que las políticas ejecutadas por los países industrializados tendrán mayores efectos sobre los de menor crecimiento económico, empero, se produce una interdependencia entre ambos polos que permite un equilibrio en sus relaciones; por esto se han creado las organizaciones internacionales, con el fin de que los Estados se pongan de acuerdo en los nexos que tienen entre sí.

En las relaciones interestatales existe también un proceso de dominación que las grandes potencias ejercen por diversas vías, desde la coerción económica hasta las presiones militares; en el fondo se encuentra el aspecto económico, la provisión de materias primas, para su transformación en manufacturas, a los países con mayor grado de progreso económico es el aspecto más importante de ésta interdependencia, pero también hay razones de orden político en tanto que para preservar el dominio económico es necesario que exista una hegemonía política que permita que estos Estados cuenten con áreas de influencia para establecer un mayor nivel de poder político a nivel internacional.

Si bien las relaciones internacionales están determinadas por la economía, no podemos dejar de lado que cada país o mejor dicho cada nación cuenta con su propia estructura social, derivada no sólo de la base económica sino de la síntesis de su propia historia, que no se limita, salvo en excepciones, al capitalismo; sabemos bien que en toda sociedad conviven diversas formas de producción, que se identifican, de cierta manera, con estadios de desarrollo ya superados; por ejemplo, en África encontramos, hoy en día, manifestaciones económicas características de la comunidad primitiva y, más aún, en nuestros países subsisten procesos colectivos que rescatan la tradición indígena, esto también ocurre en la organización social y política.

Si analizamos los tipos ideales que Weber desarrolla, observamos que él señala tres modelos de dominación en los cuales la humanidad se ha organizado para convivir en sociedad: el tradicional "...que descansa en la santidad y poderes de mando heredados de tiempos lejanos..."; el carisma, basado en "...una personalidad, por cuya virtud se le considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas o por lo menos específicamente extraordinarias o no asequible a cualquier otro...", y la moderna organización social, fundada en la administración racional o burocracia.

Estos tipos ideales no se encuentran puros en ninguna sociedad, al igual que los modos de producción, conviven entre sí y uno de ellos resulta dominante, la razón de estas condiciones es el propio desarrollo de las sociedades y la capacidad de éstas de acceder a nuevos estadios que permitan que las más antiguas formas de producción y de organización social queden superadas para dar paso a nuevas y más elevadas.

Empero, tanto las formas de producción como de organización social cuentan con un ingrediente que no ha sido analizado en su justo valor: la cultura, no sólo como la expresión de las tradiciones y valores ancestrales de los pueblos sino como la conjunción de la experiencia histórica de ellos.

La cultura es el espíritu de las naciones, en ella se encuentran representadas sus frustraciones y sus logros, es la manifestación de las más profundas expresiones de un pueblo, los valores que de ella se desprenden son los que producen un sentimiento de orgullo a de pertenencia a una comunidad. Por tanto, en el fondo de toda actividad económica, política y social se encuentran siempre las tradiciones ancestrales de los antepasados y cada Estado o nación cuenta con ellas en mayor o menor grado.

Por esto, el dominio que las grandes potencias industriales ejercen sobre los países menos desarrollados no es absoluto, ya que son precisamente los valores culturales los que permiten a las naciones defender sus intereses como tales; por un simple instinto de conservación y supervivencia, en el fondo los problemas que actualmente se presentan en Europa y Asia son culturales, ya que el nacionalismo y la religión son una expresión de esos valores y su defensa implica, forzosamente, la necesidad de buscar un espacio propio donde desarrollarse.

Las tradiciones culturales no pueden ser producto de un desarrollo unilateral; por el contrario, éstas se conforman de las diversas experiencias que ocurren a una nación; por ejemplo, la España de nuestros días recoge tradiciones que se remontan a los godos, los romanos y los árabes, todo ello resultado de las invasiones y migraciones que ha sufrido ese país.

Ninguna nación puede contar con una cultura monolítica, su fortaleza consiste en la diversidad, el problema estriba, entonces, en cómo se concilian los distintos aspectos de la influencia de otras culturas, cómo pueden ser el idioma y la religión ya que estos elementos son, precisamente, el fundamento principal de la asimilación de la cultura en razón del poder aglutinador que conllevan; de ahí que, por ejemplo, en nuestros países el sincretismo se vea reflejado en muchas de las tradiciones culturales, desde la Virgen de Guadalupe, la virgen morena, que no es más que la versión católica de la diosa de la fertilidad azteca *Tonatizin*, hasta las ceremonias rituales de los días de muertos que entrelazan el paganismo prehispánico con el fervor cristiano.

La conciliación de las influencias culturales con que toda nación cuenta es fundamental para el desarrollo de un pueblo; en la medida que éste se encuentra en capacidad de asimilar elementos de otras culturas y de transformarlos para su propio beneficio, podemos decir que se está construyendo una nación, que la base del sustento de la organización social y del modo de producción económico está creada para que la sociedad se desarrolle, de lo contrario ocurre que el modo de vida, de organización económica y social, se impone por las presiones de otras sociedades más avanzadas.

Por consiguiente, la base de la cultura, la capacidad de los pueblos de crearla y transformarla, es un elemento de trascendental importancia para el ulterior desarrollo económico y social, en la medida que toda sociedad basa su esperanza de supervivencia en la herencia, de generación en generación, de los valores que permiten a sus integrantes sentirse parte de una comunidad y por ende trabajar y producir en beneficio de ella. Así, nos encontramos que una sociedad se construye con tres elementos básicos: el modo de producción económico; el sistema social y político, y las tradiciones y valores que representan la cultura.

La situación internacional que se ha presentado en el último lustro y de la cual he hablado ya, nos motiva a reflexionar sobre el rumbo que tomarán los Estados que conforman la sociedad internacional, en especial el papel que jugarán las naciones latinoamericanas en el nuevo orden que se avecina y su capacidad para diseñar y ejecutar una política exterior que les permita el mantenimiento de un diálogo *vis a vis* de los países industrializados y de este modo lograr el acceso a mayores estadios de desarrollo económico y político.

Desde el Congreso de Panamá en 1826 hasta la conformación del Grupo de Río en los últimos años, el camino propuesto para América Latina es el de la integración. Hoy, las dos corrientes antípodas en boga, el neoliberalismo y el nacionalismo criollo, adoptan esa bandera. Una defensora del *laissez faire* a ultranza y la otra del Estado benefactor; la primera ha impuesto, hasta ahora, con éxito, sus programas estabilizadores a un alto costo social que tarde o temprano tendrá que liquidarse y, la segunda, sin tener respuestas alternativas que la hagan recuperarse de sus fracasos de la década de los años setenta.

En este orden, el problema de la integración no es sólo político o económico, es, aún más, cultural, en la medida que esta dimensión permite llegar más allá del aspecto material para encontrar nuevas formas de convivencia entre nuestros propios Estados. Si Europa lo intenta, ¿por qué América Latina no?, si en nosotros existen mayores lazos que los que unen a la gran casa europea.

De este modo, América Latina se perfila como una región con relativa estabilidad social y política —pese a los graves problemas por los que todavía atraviesa la zona—; el trecho que hemos recorrido desde la independencia hasta

nuestros días nos hace pensar que estamos ante una situación inédita y privilegiada frente al resto de la comunidad internacional.

Mientras en Europa resurgen los sentimientos nacionalistas, en nuestro continente podemos hablar de tradiciones, idioma e historia comunes; América Latina está conformada por muchos Estados pero por una sola nación. Otro ejemplo, cuando las naciones asiáticas se desgastan en conflictos étnicos y religiosos, la mayoría de nosotros profesamos, para bien o para mal, una sola y conformamos, en gran medida, una homogeneidad étnica y racial.

Sin embargo, tampoco podemos ser demasiado optimistas. En tanto los éxitos macroeconómicos no se traduzcan en beneficios sociales concretos y no desterremos serios vicios como la corrupción que alcanza a todos los niveles sociales, no daremos el paso definitivo que nos separe del subdesarrollo.

Así, el problema de la cultura en nuestro continente se presenta de nueva manera para volver la vista sobre nuestro pasado, presente y futuro; desde Rodó hasta Zea, en este siglo, hemos escuchado las señales de alerta; empero, los problemas de la América subyugada nos impidieron reflexionar con profundidad que el principal problema a enfrentar es el de nuestra identidad, el del reconocimiento pleno de un pasado milenario que conjuga, desde hace 500 años, el iluminismo europeo; el mestizaje español y la cosmogonía prehispánica.

Las relaciones entre Estados (como las relaciones entre hombres en sociedad) están señaladas por la capacidad de uno o más para dominar o influir sobre el resto; en el pasado la religión fue el medio de dominio, posteriormente el comercio y de manera reciente el desarrollo industrial y militar permiten que algunos Estados marquen el rumbo de la humanidad, sólo nuestra fortaleza cultural nos permitirá convertirnos en una alternativa real de progreso.

Desde el 10 de agosto de 1809, fecha en que precisamente en este país se escucharon las primeras voces en contra de la colonia española, hasta nuestros días, América Latina se debate entre el resentimiento por la barbarie de la conquista y la necesidad de encontrar su propia identidad, esto ha causado que nuestros países hayan experimentado un largo proceso de maduración que nos llevó a sufrir dictaduras militares, inestabilidad política y social, bajo desarrollo económico y, sobre todo, profundas divisiones internas.

Claro está que gran parte de la responsabilidad histórica de estos hechos es nuestra, empero, no debemos dejar de lado que las circunstancias internacionales en las que nuestro continente ha subsistido han influido en el rumbo que ha tomado lo cual no es pretexto para continuar por el mismo camino.

El principal problema que enfrentamos no sólo es el económico, también está el cultural; no hemos aceptado plenamente nuestro origen mestizo, no hemos querido entender que provenimos de dos grandes raíces culturales, la

prehispánica, indígena, y la hispanoárabe y romana, ambas vertientes han creado instituciones políticas y sociales, tradiciones y valores culturales propios de nuestra región.

Hoy en día nos encontramos con la falsa imagen de que unos nos creemos más europeos que otros y los otros más indígenas que el resto, sin comprender que somos naciones pluriculturales con distintas costumbres y valores que no se encuentran separadas, sino por el contrario, se entrelazan cada una de ellas para formar un conjunto heterogéneo, diverso, que es precisamente, en donde radica su valor y su fortaleza.

En América Latina se han impuesto modelos de desarrollo diseñados para países con distintas características sociales, económicas y culturales; en el campo de la educación copiamos sistemas de enseñanza que no se adecuan a nuestras tradiciones y costumbres, buscamos solamente adaptarlos y no crearlos.

En el campo de las ciencias sociales, específicamente la sociología y la economía, hemos estudiado la filosofía alemana (Marx, Weber, Hegel, Kant, la Escuela de Frankfurt), la sociología y economía norteamericanas y europeas. Hemos adoptado paradigmas ajenos a nuestra realidad e intentamos adaptarlos a ella; sin embargo, los resultados están a la vista: dependencia y subdesarrollo.

Nuestro continente cuenta con una problemática muy particular que hace necesaria la creación de una metodología propia que nos lleve a la creación de paradigmas aplicables a nuestra realidad; por ejemplo, en la cuestión indígena la sociología latinoamericana no ha realizado aportes significativos que despejen el camino hacia una mejor comprensión de esa realidad que está presente y la observamos como un objeto folklórico, aunque es parte de nuestra propia identidad.

Por otra parte, en el aspecto de la educación superior en las ciencias sociales se dogmatizó el materialismo histórico, en gran parte por la coyuntura internacional que provocó la guerra fría, no obstante que Marx y Engels despreciaron profundamente a nuestras culturas a las que consideraban primitivas y sin posibilidades de aportar nada a la humanidad, caímos en el juego de los países industrializados y entramos en una lucha ideológica que no nos correspondía. El costo está a la vista, el panorama de las ciencias sociales es sombrío, existe desprestigio y atraso en la investigación social.

América Latina cuenta con los recursos humanos y materiales para construir una sociedad más desarrollada y más justa en la medida que aceptemos, en primer lugar, nuestra herencia cultural y nuestro origen mestizo.

Mientras el mundo se debate en la inestabilidad social y política, nuestro continente cuenta con una cierta tranquilidad en esos rubros; la crisis económica por la que hemos atravesado desde la década pasada nos impone, ciertamente,

un gran esfuerzo. El saneamiento de la economía es ineludible y el costo social que esto implica es alto; no obstante, la realidad nos impone realizar ajustes que permitan un desarrollo de la base económica para beneficio de toda la sociedad.

Sin embargo, la tarea no sólo se queda en el ámbito económico, también debemos fortalecer nuestros sistemas políticos y sociales a fin de consolidar una sociedad más justa y equitativa que nos permita acceder a estadios sociales superiores.

América Latina está formada por sociedades jóvenes, empero, cuenta con tradiciones culturales milenarias; esta circunstancia nos permite estar en condiciones de competir en la arena internacional con una gran ventaja, nuestras sociedades empiezan a madurar y sus bases están cimentadas sobre esas tradiciones, lo cual posibilita que enfrentemos riesgos con la seguridad de que nuestros valores no serán trastocados por el contacto con otras culturas.

Las tareas a las que tendremos que dedicarnos, en el plano de la investigación social deben estar dirigidas al rescate de textos clásicos de América Latina, hay que remontarnos a Bolívar, Cueva, Lucas Alamán, Juárez, Mariano Otero, Arciniegas, Reyes, Henríquez Ureña y a toda la pléyade de pensadores y políticos latinoamericanos del siglo pasado y de esta centuria, que buscaron incesantemente una alternativa para nuestro continente.

La capacidad que tengamos para crecer en lo interno, desde las perspectivas económica, política y social, y de defender nuestra cultura y nuestras raíces ante el exterior, son una condicionante para que América Latina deje de ser considerada una región de subdesarrollo.

Debemos alejar el fantasma de la conquista y dejar de sentirnos pueblos en los que cualquiera puede imponer sus costumbres y sus reglas, hoy por hoy tenemos en nuestras manos un futuro que sólo a nosotros corresponde elegir el rumbo que llevará; de no asumir esta responsabilidad tendrá razón de ser la sentencia que Octavio Paz diera alguna vez: “un pueblo que no sabe defender su cultura, no tiene razón de existir”; no obstante, y parafraseando a Carlos Fuentes: los próximos quinientos años comienzan hoy”.